

CAPITULO VII.

La aparecida.

Encontrábase en hermosísimo jardín la virgen oriental, cuyas penas vamos á escuchar en este mismo instante, y de cuyos plañidos vamos á ver salir tremendas y supremas resoluciones. ¡Qué hermoso un vergel árabe! La inmóvil arquitectura levanta sus muros pesados, ó para servir de apoyo á las enredaderas y plantas parietarias ó para contrastar con su inercia el balance de los árboles mecidos por las brisas y el movimiento de los susurrantes arroyos desatados en surtidores y en cascadas. Bajo una bóveda de rosas y jazmines, erguida escalera de mármol; entre un grupo de oscuros cipreses blancos miradores con sus arcos dentados y sus áureas celosías; junto á las palmeras, cuyas palmas parece que cantan, las celestes cúpulas sembradas de argénteas estrellas ó embutidas en riquísimos marfiles; al través de largas alamedas de sicomoros, largas galerías de azulejos parecidos á piedras preciosas relumbrando con los mas vivos destellos; á la umbría del follaje, que entrelazándose forman los laureles y mirtos, la alberca que retrata, cual apretado espejo los mas suaves matices del cielo y los mas ligeros cambiantes del aire; aquí y allá los tazones de fuentes lloviendo perlas y recordando en sus cinceladuras, donde se mezclan las letras cúficas con las líneas geométricas y las guirnaldas bellísimas con los nombres, místicamente confundidos, de Dios y del amor. Fingid sobre todo esto una noche africana; en el horizonte azul oscuro, las estrellas de un brillo deslumbrador; en el zenit altísimo, la luna colgada como lámpara de blanquísimo ámbar conteniendo misteriosa luz que juega así en los arroyos como en las fuentes y argenta cada gota; por los bosquecillos cuajados de flores,

la continua exhalacion de aromáticas esencias; doquier el silencio profundo interrumpido solamente por el unísono rumor de las aguas, el gorgceo enamorado de los ruiseñores, el respuntar melancólico de la guzla; la larga cadencia de una cancion por cuyas estrofas vaga ese amor inextingible y ardiente que, no pudiendo satisfacerse aquí en la tierra, se explaya, triste, tristísimo, en la inmensad de los cielos.

Y en semejante escenario imaginaos una mujer mucho mas hermosa que todo cuanto la rodea. Las estrellas no brillan como sus negros ojos; el cielo no resplandece como su ancha frente; las sombras de la noche no caen con tanta majestad como las trenzas de sus cabellos; el aroma de las florestas no huele como el suspiro exhalado por sus lábios; el concierto de los ruiseñores con las fuentes y con las enramadas no suena como la voz de su pecho; la luna circuida de mística aureola y retratada en el cristal de las aguas no compite con su faz en casta hermosura y en dulce melancolía. Unid á esto, á tanta belleza hermanada con la belleza del jardín, la llama que brota de una pasion, la llama del amor, en la cual cobra la vida tal impulso y la voluntad tal fuerza que hacen verdaderos milagros.

La jóven Sobeiya, hija del sultan, que á la sazón se ñoreaba en Túnez, discurría por la floresta, dando á todos los objetos el eco de su voz, el alma de su idea, el calor de su pasion. Una proveccta dueña la seguía á alguna distancia y trataba de moderar en ella expansiones del corazon que pudieran costar caras ó bien á su fama ó bien á su existencia.

—¿Qué haces, exclamaba, qué haces? Hija de mi alma.

—¿Lo ves y lo preguntas?

—Detente en tu carrera, no sea que encuentres como cierva en la selva los tiros del cazador y las ansias de la muerte.

—Desde que ví la imágen del cautivo pasando por mis ojos como la nube cargada de rocío por el cielo, ni descanso de día ni duermo de noche.

—¡Infeliz! El sutil amor ha penetrado en tu pecho y ha sobrecogido tu corazon. Mas ¿presientes y adivinas los males que, de amar á un nazareno te aguardan?

—Déjame en paz, Miryam, déjame en paz.

—Alhá te proteja, ya que solo su omnipotencia puede salvarte.

—¡Oh zéfiro! tu aliento da vida á mi pecho; porque llega cargado con suspiros de amor. Rosa, podrán quitarme mis ilusiones como te quitan á tí ay! tus pétalos; pero no el alma enamorada que se exhala en la inmensidad, como tu aroma en los aires. Verde mirto, simbolizas inmortalidad, y tus blancas flores se deshojan como nuestras esperanzas. Narciso brillantísimo, una esmeralda te sirve de cáliz, é hilos de oro y plata se entrelazan para tejer tus vestiduras, mas caen las gotas de lluvia sobre tu corola y te obligan á mancharte en el barro de la tierra como suelen caer las lágrimas sobre to-

da nuestra vida hasta mezclarse con la ceniza de las tumbas. Tú vas, nenufar, sobre las ondulaciones del arroyuelo como los mortales vamos sobre las ondulaciones del tiempo. Tú lloras, triste sauce, y te agitas como los sentimientos de nuestros corazones. Violeta tímida, te escondes y te ausentas á nuestra vista como la desgraciada vírgen que llora forzosas é irremediables ausencias. Jazmin, tu aroma se eleva sobre todos los aromas como el dolor sobre todos los afectos. Purpúrea anémona, eres la última flor del jardín, á pesar de tu régia vestidura, porque tienes negro el corazon. Nube argentada que sobre el disco de la luna extiendes tus gasas, lloras como lloro yo, diferenciándose tu rocío de mis lágrimas en que es dulce y fecundo. Ruiseñor, cantas de esa suerte porque te inspira el amor y te consume el deseo. Paloma mensajera, vete y vuelve, torna y retorna continuamente, á fin de que creamos llevas nuestros mensajes sobre tus blancas alas y los repites con tus amorosos arrullos. Golondrina, que vas á huir nuestros colores allende los mares, tambien serás amiga como aquí del hombre, de ese tirano á cuya vista huyen y se apartan todos los demas animales. Perro fiel, tú me recuerdas cómo la ingratitude humana paga los favores y cambia las mercedes. Camello del desierto, tu paciencia solamente sirve para aquellos que te esclavizan y te azotan.

—Sobeiya mia.

—Miryam amiga.

—¿Cuándo cesarás de hablar con los séres que no han de responderte?

—Cuando cese esta pena que no pueden comprender los hombres.

—¿Y cuándo cesará tal pena?

—Cuando haya satisfecho mi pasion.

—¿Tu pasion?

—Cuando haya logrado mi amor.

—¿Tu amor?

—¿Por qué preguntas de esta suerte?

—¿Extrañas mi extrañeza? Sobeiya.

—La extraño, Miryam.

—Te has enamorado de un nazareno.

—Sí, de un nazareno.

—Y ese amor puede costarte la vida.

—¿Por qué?

—Porque Aihá en sus leyes prohíbe esos amores con los infieles.

—Si los hubiera prohibido, no los tolerara en mi corazon. Así como no ha prohibido al sol que iluminase á los infieles, no puede prohibir al sentimiento que los ame.

—Escritas estan sus leyes en letras indelebles.

—No hay letras tan visibles como nuestros impulsos y nuestros instintos.

—Sobeiya, ese amor puede darte la muerte.

—Miryam, la prefiero á mi dolor. Unas cuantas piedras me separan de él, y no puedo tenderle los brazos y anegarme en su amoroso seno. Ya verás como Alhá permite mi pasion abriendo ese calabozo á mi cariño, de igual suerte que la noche se abre á la aurora. Y seremos como dos perlar de un solo collar, y como dos ramas de un solo tronco. Yo quiero besas sus lábios de grana tantas veces como besa el santon los suras del Koran. No me culpes á mí de este deseo profano; culpa á quien ha extendido su recuerdo en todos los espacios de mi memoria y su amor en todos los senos de mi corazon. No trates de arrancarme este sentimiento, pues necesito de su llama para vivir en el mundo como las aves necesitan de las plumas de sus alas para volar por el cielo. Si nos rechazais, irémosnos libres al desierto como dos pareadas gacelas. Los que el amor ha juntado solo pueden separarse por la muerte. He visto los atezados jinetes árabes en las zambras con sus turbantes de arboles y sus alquiceles de nubes; más ligeros que la marina brisa y más ardientes que la estival siesta; el beso de los desiertos en la morena faz y el abismo del amor en los negros ojos; de barba lustrosa y de pestañas espesas como las sombras de la noche; erguidos y flexibles de talla, y talle á manera de las palmas; capaces así de cantar cual canta el ruiseñor como de combatir cual combate el tigre; y por ninguno de ellos he sentido la pasion que por el nazareno, pobre, triste, cautivo, descubierto una sola vez por mis avizores ojos al través de alta celosía y en el momento de abismarse en su prision.

—Sobeiya, no procedas mal, si no quieres encontrar el mal en tu camino. De una mala semilla no aguardes buen fruto. ¡Ah! Todo es instable en este mundo. Tú, la gloria de Túnez, reservada como premio al guerrero que siegue en las batallas más infieles, vas á unirte á un infiel. Tu padre, desgraciada, te arrancará el corazon y lo repartirá en pedazos entre los mismos destinados á gozar tus gracias. De más alto que tú cayeron muchos soberbios. He visto reyes poderosos sin reino, caudillos invencibles sin cimitarra, rostros semejantes á la luna llena en el Oriente sin hermosura, mejillas arreboladas como los rayos del sol en el ocaso sin color, estaturas comparables al ciprés sin movimiento, séres afortunados como la prosperidad misma en el infortunio, ¿y no temes que tema verte á tí y á tu belleza desprendiéndose de su felicidad como se desprende una estrella del inmenso y alto cielo?

—¡Felicidad! Para mí, ¡oh Miryam! no puede haberla sino en los brazos del nazareno.

—¿Qué va á ser de mí? Sultana de poderosa tribu, caí en el cautiverio, que pudo costarme la vida. Tu padre me preservó de esta afrenta, movido á piedad por el renombre que en toda Africa me habian dado mis muchas

y buenas letras, mi arte en la danza, mi maestría en el cántico. Y me entregó tu educación. Yo te he enseñado á hablar la lengua de los españoles. Y ahora dirá tu padre que en vez de flores, solo he sembrado espinas en tu pecho. Y me condenará al cautiverio ó á la muerte, desahogando antes en mí que en tí sus cóleras, como si hubiera enseñanza ni doctrina bastantes á refrenar una pasión desbocada. Mañana tus ojos, que relucen como el azabache entre diamantes, parecerán vidriosos y mústios; tus mejillas, cuyo color envidiaría la aurora, pálidas y yertas; tus lábios más rojos que la flor del granado, amarillos como la camamila; tu paso que copiaría la gacela, vacilante como la vejez; y preguntarán qué ha sucedido á tu hermosura y creerán que te ha dado mal de ojo tu Miryam.

—¿Por qué reconvenirme así? ¿Tienes tú la culpa de que el fuego abra-se y el agua moje? Pues tampoco la tienes de que el amor sin esperanza quite á mi paladar el gusto, á mi corazón la alegría, á mis ojos el sueño, á mi vida el encanto. Abreme esa tumba donde está enterrado vivo el sér en quien pienso de día, con quien sueño de noche, á quien sigo á la continua, de cuyo amor está lleno el corazón y cuyas caricias deseo con la vehemencia de mi exaltado amor y con los ímpetus de mi juventud recién salida de la infancia, y que no ha sentido aun el imperio de ninguna otra pasión.

—¿Cómo publican todos los vientos nuestros errores y nuestros vicios! Nadie se entera de los bienes y todo el mundo se entera de los males que haces. Y gracias que la calumnia no llegue á clavar en nosotros sus dientes y sus garras. Acuérdate del halconero que se enamoró de la sultana persa quedando en sus gracias preso como suelen quedar las avecillas en las uñas del cazador halcón. Acuérdate como enseñó á decir á dos papagayos queridos del sultán que había visto á su esposa acostada con el portero de palacio. Acuérdate de cuánto padeció la infeliz antes de testificar su inocencia.

—De todo eso me acuerdo, Miryam amiga, porque tú me lo contaste mil veces. Pero también me acuerdo de que el halcón, como si adivinase la infamia del halconero, se volvió un día contra él irritado y le arrancó los ojos, para que jamás viese cosa alguna por haber visto una sola vez la infamia y la mentira.

—Hija mía, tú que perteneces al pueblo más ilustre del mundo; sultana por tu estirpe, árabe por tu sangre, musulímica por tu religión ¿cómo vas á mezclarte en aquello que más confunde á los mortales, en el amor, con los infieles? Tú adoras á Dios puro en esencia; y ellos mezclan ese culto santísimo al barro y á las piedras de los ídolos. Tú llamas Señor al que tendió como una tienda azul sobre la tierra los cielos; y ellos en su idolatría llaman Señor á su pontífice, á su cura, y al Mesías, hijo de mujer. Dios no quiere que los ángeles y los profetas tengan culto, sino El, solo El, crea-

dor, pródigo, eterno, incomunicable, omnipotente, sublime. No el amor, el odio ha sembrado Alhá entre los infieles; y ese odio no llegará á extinguirse sino el día de la resurrección. Las doctrinas del infiel se asemejan al árbol plantado á flor de tierra que el menor airecillo desarraiga; las obras buenas del infiel, á los vapores del desierto, agua clara á la vista, niebla vana á los labios y á las manos. El fiel que cae en la infidelidad no puede esperar perdón de Dios. La idolatría oscurece tanto la conciencia del hombre que en ella no se puede encontrar felicidad ninguna. Dar un igual á Dios, crimen tan grande es, que quien lo cometa, jamás entrará en el eden; el fuego eterno deberá ser su única mansión. Las creencias de esos hombres se confunden con las telas de araña en lo ligeras y frágiles. No mezcles tu vida con la vida de los infieles. Si tal sucediese diríamos que la santa luz del cielo nos había dado el calor de las llamas del infierno.

—Dime, sabia poetisa árabe, concedora del Korán cuyos pensamientos sabes de coro y recitas de memoria; dime por qué Alhá, al permitir que otros mortales tengan creencias contrarias á las nuestras no les ha puesto tanta fealdad en el rostro, tanta torpeza en las maneras, tantos defectos en el aire y en el porte que no pudiéramos dar el corazón á ninguno de aquellos á quienes no podemos dar al mismo tiempo la fé y la conciencia. Es verdad: el infiel nazareno se ha llevado consigo, no esta ni la otra parte del alma, sino el alma misma, una, toda, entera. Le ví con los ojos, le amé con el corazón, le recuerdo en la memoria, hablo de él y con él por medio de mi palabra, le ideo perfecciones en el pensamiento, le sigo por do quier con el instinto, y no puedo, teniéndolo en la totalidad de mi sér, desterrarlo de la conciencia. ¿Cómo? Su corazón es como una fruta podrida y sus ojos como una dulce alborada. Tiene la idea llena de sombríos errores y la frente centelleante de divina luz. Sus palabras de muerte se exhalan de unos labios que destilan, como las flores libadas por las abejas, la olorosa miel que alimenta la vida. Yo quisiera conocer en algo que el infierno le posee; pues me parece á mí, perdona si blasfemo, uno de aquellos arcángeles, cuyas alas sacudieron las plumas con que escribió la ley de Dios nuestro santísimo Profeta. ¿Por qué el horror de sus ideas no debía vislumbrarse en sus facciones también? ¿Por qué el error de sus creencias no se había de traslucir en sus miradas? ¿Por qué su religión me rechaza y sus brazos me llaman? ¿Por qué su conciencia es mi enemiga y su corazón es mi amor? Alhá debía haber puesto entre nosotros uno de esos abismos insalvables que ni el cielo colma ni el pensamiento salta. Pero separarnos por creencias que él mismo ha revelado, y unirnos por pasiones que no podrían moverse si él mismo no lo consintiera, como sin su consentimiento no se movería la hoja del árbol, parece impropio de su sabiduría é indigno de su omnipotencia. Nuestros dogmas suyos son, porque no estarían, no, en el Korán sagrado sin sus revelaciones; nuestros afectos suyos, porque no es-